

el cadáver de Simplicio. El príncipe sonreía en su sueño de muerte, las ondas mecian sus pies, su cabeza descansaba sobre el césped de la orilla. Oprimía con sus labios, cerrados para siempre, una florecilla blanca y rosa de una exquisita delicadeza y dotada de un aroma penetrante.

—Pobre loco—dijo el hombre;—habrá querido coger una flor y se ha ahogado.

El naturalista, sin preocuparse para nada del cadáver, se había apoderado de la flor, y bajo pretexto de examinarla, deshizo la corola hasta ver todas sus cualidades botánicas, y exclamó:

—Precioso hallazgo. En recuerdo de ese pobre tonto voy á denominar á esta flor, la *Anthapheleia*.

—¡Ah, Ninon, Ninon mia! el bárbaro llamaba á mi ideal Flor-de-las-aguas la *Anthapheleia linnaia*.

EL TARJETERO DE BAILE

EL TARJETERO DE BAÍLE

I.

¿Te acuerdas, Ninon, de nuestro largo paseo por los bosques? El otoño arrancaba ya de los árboles hojas de un amarillo rojo que doraban todavía los rayos del sol poniente. La hierba era más clara bajo nuestros pies que en los primeros días de Mayo, y las plantas silvestres apenas daban asilo á algunos raros insectos. Perdidos en la selva, llena de ruidos melancólicos, nos parecía escuchar las quejas de la mujer que ve en su frente la primer arruga. Las ramas de los árboles á quienes no podía engañar aquella pálida y dulce noche, sentían venir el invierno en la fresca brisa, y se dejaban columpiar tristemente, llorando por su verdor perdido.

Durante mucho tiempo vagamos por la selva sin cuidarnos de los caminos, pero escogiendo los más sombríos y discretos. Nuestras francas cajadas asustaban á los mirlos que silbaban en la espesura, y algunas veces oíamos arrastrarse sobre las hojas un lagarto, turbado en su éxtasis

por el ruido de nuestros pasos. Nuestro paseo no tenía objeto; habíamos visto el declinar de un día nublado, un cielo límpido, y salimos despacio para aprovechar el último rayo del sol. Así paseamos, ya persiguiéndonos, ya andando lentamente con las manos entrelazadas.

Cogí para tí las últimas flores, y tú, Ninon, durante aquel tiempo, coronada de las flores cogidas por mí, corrías al próximo manantial con el pretexto de beber su agua clara, pero en realidad para admirar aquel caprichoso peinado.

A los vagos murmullos de la selva se mezclaban lejanas carcajadas; una dulzaina y un tamboril se escuchaba á lo lejos, y la brisa nos traía aquel ruido de baile. Nos detuvimos al oírle, creyendo que aquella música podía ser el misterioso baile de las silfides. De árbol en árbol fuimos á buscar el sonido de los instrumentos, y cuando apartamos con precaución las últimas ramas, he aquí el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos.

En el centro de un claro, sobre un campo de césped rodeado de enebros, iban y venían cadenciosamente una docena de aldeanos de ambos sexos. Las mujeres sin nada á la cabeza, con su pañolito al cuello, saltaban alegremente lanzando las carcajadas que habíamos oído; los hombres para bailar más á su gusto, habían arrojado sus chaquetas sobre sus herramientas, que brillaban entre la hierba.

Aquellas buenas gentes hacían poco caso del

compás. Recostado en un roble, un hombre seco y anguloso soplaba en la dulzaina y golpeaba fuertemente el tambor según le parecía, con la mano izquierda, al uso de Provenza. Seguía, al parecer, con cuidado, el compás monótono y chillón, mirando algunas veces á los bailarines y encogiendo los hombros con lástima. Músico titular de alguna aldea, había sido detenido al pasar por allí, y no podía ver sin indignación cómo aquellos habitantes del interior violaban las leyes del baile. Mortificado durante la danza por los saltos y cabriolas de los aldeanos, no pudo contener su indignación cuando después de acabar la música continuaron sus cabriolas durante cinco minutos, sin darse cuenta siquiera de que la gaita y el tamboril habían dejado de sonar.

Hubiera sido encantador, sin duda alguna, sorprender á los duendes de la selva en sus diversiones misteriosas, pero al menor ruido se hubieran desvanecido, y al llegar al salón de baile sólo hubiéramos hallado como vestigios de su paso algunos tallitos de hierba ligeramente encorvados. Hubiera sido más burla dejarnos oír sus risas, invitarnos á compartir su alegría y después huir al aproximarnos, sin permitirnos la menor distracción coreográfica....

—No se puede bailar con los silfos, Ninon; pero con los aldeanos es otra cosa.

Salimos bruscamente de entre los árboles que nos ocultaban, sin que los entusiasmados baila-

rines se preocuparan de nuestra presencia, pues no se dieron cuenta de ella hasta pasado un buen rato. Se habían puesto á brincar de nuevo; el gaitero, que había intentado alejarse, al ver brillar algunas monedas, acababa de volver á tomar sus instrumentos, golpeando y soplando de nuevo, aunque suspirando por prostituir de ese modo su melodía. Creí reconocer el compás de un vals, pero lento é inasequible. Pasé mi brazo por tu talle, aguardando el instante de llevarte en mis brazos, cuando te separaste vivamente de mí y comenzaste á reír y saltar lo mismo que si fueses una atezada y ruda campesina. El tamborileiro, algo consolado con mis preparativos de baile correcto, no pudo menos de ocultar su cara y gemir por la decadencia del arte.

No sé por qué, Ninon, me acordé ayer tarde de estas locuras, de nuestra larga caminata, de nuestros bailes libres y alegres. Después, este vago recuerdo fué seguido de otros ciento de nuestros vagos ensueños. ¿Me perdonarás que te los refiera? Caminábamos al acaso, corriendo, deteniéndonos sin motivo, sin preocuparnos de la multitud. De todo aquello son bien pálidos bosquejos estos cuentos; pero como me has dicho que los deseas.....

La danza, esa ninfa púdicamente lasciva, me encanta más que me atrae. Me gusta como simple espectador verla pasear sus cascabeles por todo el mundo, voluptuosa bajo el cielo de Espa-

ña y de Italia, convertirse en abrazos y besos de fuego; modificada y velada en la rubia Alemania deslizarse amorosamente como un sueño; y hasta caminar discreta y espiritual por los salones de Francia. Celebro encontrarla por todas partes, lo mismo sobre el césped de los montes que sobre ricas alfombras, en las bodas de lugar como en las *soirées* deslumbradoras.

Suavemente transformada, con los ojos húmedos, los labios entreabiertos, ha pasado á través de los tiempos, girando sus brazos en derredor de su rubia cabeza. Todas las puertas se han abierto al ruido cadencioso de su paso; las de los templos, las de alegres viviendas; allí perfumada de incienso, aquí con el traje manchado de vino, ha golpeado armoniosamente el suelo, y tras tantos siglos llega á nosotros sonriente, sin que sus miembros flexibles apresuren ó retarden la melodiosa cadencia.

Venga el hada en buen hora, fórmense los grupos y déjense aprisionar las bailarinas por los brazos de sus parejas ante la diosa inmortal. Miradla con sus brazos levantados, agitando una pandereta, sonriéndose para dar la señal del comienzo de la danza; las parejas se enlazan siguiendo sus pasos é imitando sus actitudes. Yo solo, siguiendo con la vista el alegre torbellino, procuro sorprender todas las miradas, todas las frases de amor; tengo la embriaguez del ritmo desde el rincón escondido donde sueña dando

30852

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE T. RIA
"ALFONSO R. Y. S."
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

gracias á la diosa por haberme concedido, aun siendo ignorante y torpe para ejecutar su arte, el sentimiento de su armonía.

A decir verdad, Ninon mia, prefería á Terpsicore en su seductora desnudez, agitándose sin medida, lejos de los salones, oculta á toda mirada profana, trazando sobre la hierba sus más caprichosas danzas. Allí, hundiendo sus rosados pies en la vegetal alfombra, bailaría con entera libertad, encontrando el secreto de la melodía del movimiento. Entonces sí que correría á admirar su hermoso cuerpo, escondiéndome tras el follaje, su cuerpo elegante y flexible, y seguiría con la vista la sombra de las ramas jugueteando en sus hombros.

Y acaso por eso mismo he llegado á detestarla cuando se ha presentado á mi bajo el aspecto de una joven coqueta, remilgada y pretenciosa, cuando la he visto obedecer ciegamente á una orquesta, hacer mohines con alardes de aburrimiento, ahogar su deseo de expansión, midiendo sus pasos con exactitud matemática. Te lo confieso: nunca he contemplado sin pena á tan linda musa en un salón; su torneada pierna se enreda entre las pesadas faldas de nuestras elegantes; ella que sólo ansia libertad y capricho, se halla cohibida y turbada al conformarse con nuestros necios saludos, perdiendo siempre su gracia para entrar muchas veces en el ridículo.

Quisiera poder cerrarla todas las puertas, y

si llego á sufrirla alguna vez bajo techado sin demasiado disgusto, es sólo gracias á esas páginas de amor llamadas tarjeteros de baile.

Ninon, ¿ves en su mano ese librito? Mirale con su broche y su portalápiz de oro: nunca habrás visto papel más suave ni más perfumado, ni lectura más elegante. Esa es nuestra ofrenda á la diosa. En otros tiempos la adornaban con coronas y velos, nosotros le hemos hecho el regalo del tarjetero de baile.

Contaba tantos adoradores la pobre niña, la asediaban con tantas invitaciones, que no sabía dónde volver la cabeza. Todos la admiraban implorando un rigodón, y la coqueta accedía siempre, bailaba, bailaba, perdía la memoria ante el número de reclamaciones, se equivocaba constantemente, provocando una confusión terrible, celos y envidias. Después se retiraba con los pies doloridos, la memoria fatigada. Inspiró tanta compasión que inventaron para ella el librito de memorias del baile. Desde entonces se acabó el olvido, la confusión, las equivocaciones; cuando los amantes se sentaban á su lado, les presentaba el librito para que cada uno escribiese su nombre, y así los más enamorados se apresuraban á llegar los primeros. No importaba el número; las páginas en blanco eran muchas. Si cuando pasen los años hay alguien que no haya oprimido su esbelto talle, atribúyalo á su pereza, no á la indiferencia de la niña.

El medio era muy sencillo, Ninon, y debes asombrarte de mis exclamaciones con respecto á algunas hojas de papel ó de marfil. Pero ¿cómo no hacerlo al gozar del perfume de coquetería y de dulces secretos que exhalan? ¡Qué larga lista de hermosos enamorados, cuyos nombres son un homenaje y cada página una noche entera de triunfo y adoración! ¡Libro mágico que encierra una vida de ternura, donde el profano sólo lee varios nombres, mientras la joven adivina la admiración que excita su hermosura!

Todos vienen sumisos, todos firman su carta de amor. ¿Acaso no son las mil firmas una declaración indirecta? Y si no ¿por qué van á buscar sus más escondidas hojas para estampar un nombre? Pero el libro es discreto y no quiere sonrojar á su dueña; guarda el secreto entre ambos.

Francamente, me parece hipócrita; aparenta servir tan sólo para ayudar á la memoria, para dar á cada uno su turno; protesta de que se le atribuya el turbar á las jóvenes hablándolas de amor, y pregunta si al recorrer sus hojas podrá ver nad'e un «te amo.» Los padres le ven sin temor en manos de sus hijas, y mientras que el billete firmado por un solo nombre se oculta cuidadosamente en el pecho, la carta de las mil firmas se enseña sin la menor turbación, muéstrase á la luz del día en los salones y en los gabinetes de las niñas; por algo es el libro menos peligroso que se conoce.

Sabe engañar hasta á su misma dueña no haciéndola temer ningún peligro de un objeto tan vulgar, tolerado por los padres y tutores. Se hojea sin miedo y he aquí por qué le acuso de mani-fiesta hipocresía. ¿Te imaginas que en el silencio de la noche sólo murmura á los oídos de la joven sencillos nombres? No lo creas; entabla largas conversaciones amorosas, y perdiendo su aire tímido y desinteresado, charla, acaricia, abraza y balbucea tiernas palabras. La temblorosa muchacha no aparta los ojos de él, porque surge de sus páginas la terminada fiesta; enciéndense las arañas, comienza de nuevo la cadenciosa orquesta, cada nombre se personifica y el baile donde reinó su hermosura reaparece con sus ovaciones, sus acariciadoras frases, su adulación.

Por el libro maligno desfilan los jóvenes; uno oprimiendo su cintura, mirándose en sus ojos azules; otro, conmovido y tembloroso, sin poder sonreírle; un tercero hablando, hablándola sin cesar, dedicándola esas mil galanterías que á pesar de carecer de sentido, dicen más que largos discursos.

Bien sabe el muy bribón que la virgen que se ha entretenido en recorrer sus líneas no lo hará una vez sola. Vuelve á consultarlas con frecuencia á fin de conocer el progresivo aumento de sus admiradores; se detiene con una triste sonrisa en ciertos nombres, estampados una sola vez, que indudablemente habrán ido á enriquecer otros libritos hermanos suyos. Como se ríe el cuader-

no de todo eso, conoce su poder, recibe las caricias de una vida entera.

Cuando llega la vejez y los broches del libro están enmohecidos, las hojas medio arrancadas, vuelve su dueña á recordar sus páginas, embriagándose con el lejano perfume de su juventud.

¿No es cierto, mi Ninon, que representa el tarjetero un papel encantador? ¿No es, como toda poesía, incomprendible para el vulgo, pero leído con ardor por los iniciados en sus misterios? Es el confidente secreto de la mujer, la acompaña toda su vida como un ángel de amor, vertiendo á manos llenas las esperanzas y los recuerdos.

II.

Georgina acababa de salir del convento. Se hallaba aún en esa dichosa edad en que se confunden la ilusión y la realidad; época dulce y pasajera en la cual ve el espíritu lo que sueña, y sueña lo que ve. Como todas las niñas, se había deslumbrado por los brillantes fulgores de los primeros bailes, donde creía estar de buena fe en una esfera superior, entre semidioses, desprovistos de todos los males de la vida.

Sus mejillas, lijeramente morenas, tenían los dorados reflejos de las de una siliciana; sus largas pestañas negras velaban á medias el fuego de

su mirada. Olvidando que no se hallaba ya bajo la férula de una rigida maestra, contenía la exuberancia de vida que abrasaba su seno. No era en los salones más que una niña tímida, casi tonta, que bajaba los ojos y se sonrojaba á cada paso.

Ven, ocúltate conmigo tras los pesados cortinajes, y desde allí veremos á la indolente joven extender los brazos para tapar sus desnudos pies. No tengas celos, Ninon mía; todos mis besos son para ti.

¿Te acuerdas? Daban las once; la habitación aun casi á oscuras por interceptar las cortinas los rayos del sol, estaba sólo iluminada por una lamparilla cuyos mortecinos resplandores luchaban en vano con la sombra. Cuando la llamada de la lamparilla se reanimaba, dibujábase sobre el lecho una forma blanca, de pura frente, de seductora garganta oculta por olas de encaje; más lejos la extremidad delicada de un pie diminuto; fuera del lecho un brazo de nieve pendía con la mano abierta.

Volvióse lentamente la perezosa para dormirse de nuevo, pero con tan ligero sueño, que el leve crugido de un mueble la hizo levantarse á medias. Apartó los cabellos que caían en desorden sobre su frente, abrió los ojos y se echó sobre los hombros las ropas de la cama para taparse mejor.

Una vez despierta, extendió la mano para tirar del cordón de la campanilla; pero retirándola

vivamente, saltó al suelo y corrió para levantar por sí misma las colgaduras del balcón. Un alegre rayo de sol inundó de luz el cuarto, sorprendiendo á la niña; ésta comprendiólo avanzado de la hora y se volvió para mirarse en un espejo y contemplarse medio desnuda y en desorden. Volvió á arrebujarse en el fondo de la cama, turbada y temblorosa por aquel examen. Su doncella era una muchacha estúpida y curiosa; Georgina prefería estar sola á sufrir la charla de aquella mujer.

Sobre las sillas, se veía arrojado un traje de baile, pues la joven, medio dormida había dejado en una el cuerpo de gasa, sobre otra el chal, más lejos sus zapatitos de raso. Al alcance de su mano, en un joyero de ágata, brillaban varias alhajas, y á su lado un ramo marchito moría junto á un tarjetero de baile.

Se puso á jugar con un collar de perlas, hasta que cansada de aquel entretenimiento cogió el tarjetero y lo hojeó con aire indiferente, sin prestar atención á lo que hacía.

Al recorrer sus hojas, el nombre de Carlos, escrito á la cabeza de todos, acabó por impacientarla.

—Siempre Carlos—dijo;—mi primo tiene preciosa letra, conserva sus largas y graves cartas. Jamás le tiembla la mano cuando oprime la mía: es un joven muy formal que, según todos, debe ser mi marido. En todos los bailes, sin pedirme permiso, coje mi tarjetero y se anota para la pri-

mera pieza de baile; sin duda es un derecho de marido, pero no puedo evitar que me mortifique.

El tarjetero, cada vez más grave y serio, contemplaba á su dueña, cuya mirada perdida en el vacío, parecía resolver algún grave problema.

—Un marido—replicó—es una idea que me asusta. Carlos siempre me trata como á una niña y esto consiste sin duda en que habiendo ganado ocho ó diez premios en el colegio, se cree obligado á ser pedante. Después de todo, no se por qué ha de ser mi marido, cuando yo no le he pedido que se case conmigo, cuando él jamás me ha hablado de semejante cosa. Jugamos juntos cuando niños, y bien me acuerdo de sus travesuras. Hoy, al verle juicioso, preferiría verle travieso. En fin, lo cierto es que voy á ser su mujer sin haber pensado nunca en ello, sin encontrar la razón de tal casamiento. Carlos, siempre Carlos; cualquiera diría que ya le pertenezco. Le rogaré que no escriba su nombre en letra tan grande; ocupa demasiado sitio en este librito. Este también cansado del primo, parecía querer cerrar sus hojas de fastidio.

Siempre he sospechado que los libros de memorias de baile detestan á los maridos, y el nuestro, doblando sus hojas, presentó otros nombres á la vista de su dueña.

—Luis—murmuró la niña;—este nombre me recuerda una pareja singular. Vino sin mirarme apenas, para solicitar un rigodón, y á los prime-

ros acordes de los instrumentos me arrastró al otro extremo del salón frente á una señora rubia que le seguía con los ojos. La sonreía á cada instante y me olvidó hasta el punto de verme obligado á recoger del suelo por mí misma mi querido ramo. Cuando el baile nos aproximaba á ella, se hablaron bajo, sin que yo comprendiera el significado de sus palabras. Sería su hermana..... pero no, temblaba su mano al oprimir la suya, y costábale gran trabajo separarse de ella cuando los acordes de la orquesta le llamaban á mí. Yo en mi puesto, sola, á veces en ridículo, llegaba tarde á hacer mis figuras por culpa suya. ¿Sería su mujer..... y no había caído en ello? su mujer indudablemente. ¿Sería tal vez.....?

Georgina con los labios entreabiertos, parecía absorta como un niño ante un juguete desconocido, que no atreviéndose á tocarle, abre desmesuradamente los ojos para verle mejor. Pasaba maquinalmente los dedos por los flecos de la colcha, y con la otra mano sostenía el tarjetero, el cual comenzaba á dar señales de vida, agitándose, queriendo decir quién era aquella señora rubia. Ignoro si el libro confió ó no el secreto á la joven; sólo sé que volviendo á subir sobre los hombros la ropa de la cama, siguió agitando los flecos de la colcha murmurando en voz baja:

—Es singular; aquella hermosa mujer no era seguramente ni la mujer ni la hermana de Luis.

Dobló otra hoja, y un nombre la detuvo de nuevo.

—La verdad es que Roberto es un mal hombre —exclamó.—Nunca hubiera creído que un hombre tan elegante tuviese un alma tan vil. ¡Como me halagaba escuchar su voz! Hablaba sin detenerse, comparándose á las estrellas, á las flores, á los pájaros, y me dejó en mi sitio con una cara tan triste! Me coloqué junto á un balcón cuyos cortinajes me ocultaban de mi galante pareja, y desde allí le oí reír y charlar con un amigo, con quien hablaba de una muchacha sosa, ruborosa y encogida cual una colegiala, cuyos ojos bajos afeaban su poco expresiva cara. Debía hablar de Teresa, una amiga mía, de ojos pequeños, boca grande, vulgares movimientos. Llegué á pensar si hablarían de mí, pero había hablado de una chica fea, y Teresa lo es más que yo. Decididamente hablaban de Teresa.

Y Georgina sonrió y estuvo tentada de consultar nuevamente á su espejo.

—¡Cuanto se burlaron de todas las señoras que se hallaban en el baile! Mi oído, siempre atento, no comprendía ya su singular lenguaje, y como no podía alejarme de allí, tapé con fuerza mis oídos.

El tarjetero no podía contener su hilaridad, y para disimular dejó ver á Georgina una multitud de nombres; prueba viviente de que era Teresa, y no ella, la tonta chicuela objeto de la conversación

—Los ojos azules de Pablo—continuó—no mienten. Mil veces le he oído llamarme bonita.

—Sí, sí,—repetía—Pablo tiene unos ojos muy hermosos y no es embustero; es mucho más agradable que Carlos.

—No me hables de Carlos—exclamó el tarjetero;—vale mucho menos que Pablo. ¿Qué piensas de Eduardo? Es tímido, sólo habla con los ojos, no sé si comprendes tú ese lenguaje. ¿Y Julio? Asegura que bailas el vals mejor que nadie. ¿Y Juan? ¿Y Luciano? ¿Y Alberto? Todos te encuentran encantadora y mendigan horas enteras la limosna de tu sonrisa.

Georgina, sin dejar de jugar con los flecos de la colcha, comenzaba á asustarse de la continua charla del tarjetero, que la abrasaba las manos. Quiso cerrarle, pero no tuvo valor.

—Tú eras la reina—continuó el demonio;—los encajes ocultaban tus desnudos brazos; tu frente de diez y seis años hacía desmerecer el brillo de tu diadema. ¡Ah Georgina, si hubieras podido verlo todo, te hubieran inspirado compasión los pobres jóvenes enfermos de amor!

Hubo un momento de silencio. La niña, le escuchaba sonriente y asombrada, al verle que dar mudo.

—Un cogido de mi traje—dijo—se desprendió, y sin duda aquel detalle robó á mi cuerpo algún encanto. ¡Cómo se habrán burlado de mí! ¡Esas costureras son tan poco cuidadosas!

—¿No bailó contigo?—interrumpió el confidente.

—¿Quién?—preguntó Georgina, sonrojándose hasta el punto de ponerse rojos sus hombros.

Y pronunciando al cabo un nombre que revoloteaba en sus labios mientras hablaba de su traje roto.

—Edmundo—dijo—me pareció muy triste anoche; le veía de lejos mirarme sin atreverse á aproximarse á mí; me levanté, salí á su paso y me sacó á bailar.

—Quiero mucho á Edmundo—suspiró el librito. Georgina, por no oírle, continuó:

—Sentí su mano temblar sobre mi talle, balbuceó algunas frases quejándose del calor, y yo, viendo que las rosas de mi ramo causaban su admiración, le regalé una. ¿Qué mal hay en eso?

—Eso no es malo; al coger la flor, sus labios por singular casualidad rozaron con tu mano, que recibió un débil beso.

—¿Qué mal hay en eso?—repetía Georgina, que desde hacía un instante daba inquietas vueltas en el lecho.

—Al contrario, hija mía; si te regaño, es por haberle hecho desear tanto tiempo ese pobre beso; Edmundo si que haría un marido encantador.

La niña, cada vez más turbada, no notó que su fichú de encaje se había escurrido de sus hombros y que sus pies desnudos asomaban por debajo de la colcha.

—Un marido ideal— repetía de nuevo.

—¡Cuánto me gusta!—decía el demonio tentador. Yo en tu lugar le devolvería con gusto su beso.

Georgina, escandalizada, se tapó los ojos; el duen apóstol continuó:

—Nada más que un beso, ahí, sin ruido, sobre su nombre. Yo no diré nada.

La joven protestó; mas sin saber cómo, la página se halló bajo sus labios; siguió protestando, pero sus besos continuaron al mismo tiempo.

Al salir de aquel éxtasis de amor, contempló un rayo de sol sobre su lindo pie, y confusa recogió la colcha con temblorosa mano al oír girar la llave en la cerradura.

El tarjetero de baile, deslizándose entre los encajes, desapareció rápidamente bajo la almohada.

La puerta se abrió; era la doncella.

EL IDEAL DE AMOR